

su sangre y con su muerte la gran obra de nuestra emancipación política!.....

Ya que muchos de ellos no tienen estatuas, ni viven en la memoria de sus pósteros, ¡que estos libros sirvan para perpetuar sus nombres, entre aquellos, por lo menos, que los lean, y conozcan así todo lo que les debemos!.....

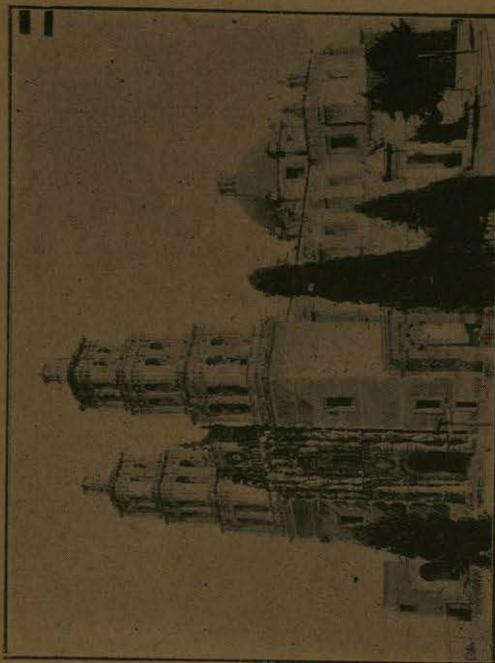
V. A.



EL GRITO DE DOLORES

Su manto sobre la tierra
 Tiene extendido la noche
 Y duermen todos tranquilos
 En el pueblo de Dolores.
 Allende y Aldama, en tanto
 Que otros descansan, disponen
 Del gran Hidalgo ir en busca,
 Para que no se malogren
 Los planes que han concebido
 De alzar guerreros pendones.
 De Querétaro ha llegado
 Nota á los conspiradores,
 De que el plan se ha descubierto
 Por los fieros españoles.
 El buen anciano dormía
 Cuando á su puerta oyó golpes,
 E imaginando un suceso,
 En su lecho incorporóse.
 Allende y Aldama llegan
 Ante el noble sacerdote,
 Y le dicen con acento
 Que revela sus temores:
 —La fuga sólo nos resta,
 Señor cura.... descubrióse
 La conspiración; podemos
 Salvarnos de las prisiones,

Y aún acaso de la muerte
 Que en sus instintos feroces
 El español nos daría,
 Y nuestros planes entonces.....
 Por la frente del anciano
 Que escuchaba aquellas voces,
 Cruzaron mil pensamientos
 Heróicos, dignos y nobles.
 Parecía que escuchaba
 De México los clamores,
 Y el ruido de sus cadenas,
 Y del amo los azotes.
 Miraba á los extranjeros
 Humillar al indio pobre,
 Y las hogueras miraba
 de crueles inquisidores.
 Miró al rico encomendero
 Entre luces y artesones,
 En tanto que su miseria
 Lloraba el pueblo. "No llores"
 Entre sí le dijo Hidalgo;
 Y á sus tiranos: "no gocen."
 Rasgó el porvenir los velos
 Con que sus glorias esconde,
 Y ante la vista de Hidalgo,
 Entre vivos resplandores,
 Estaba México libre
 A la faz de las naciones.
 —Señor, le repite Allende
 Al ver que callaba; tome
 Una senda y marcharemos,
 Y que no nos aprisionen.
 —Callad, le dice el anciano
 Que aquellas palabras oye;
 Por libertar á la patria,
 ¿Cuál de sus hijos no expone
 Su sangre, su vida misma?
 Corred, subid á la torre,
 Y que toquen las campanas



Parroquia de Dolores

A misa; así se convoque
 A todos mis feligreses,
 Y hoy en soldados se torna.
 Antes que huir de la oscura
 Soledad de las prisiones,
 Hagamos libre á la patria;
 Animo, pues, ¡á la torre!"

* * *

Del astro hermoso del día
 Los primeros resplandores
 No brillaban en Oriente,
 Ni cantaban en los robles
 Su amor a las rosas bellas
 Los peregrinos zenzontles,
 Y estaban los feligreses
 Ya en el templo de Dolores;
 Que al llamarles la campana,
 De Dios escuchan las voces,
 Y también la de su Cura,
 A quien por padre conocen.
 Hidalgo se les presenta
 Erguida la frente noble,
 Reflejando en la mirada
 Puro, indefinible goce.
 "Sabed, les dice, hijos míos,
 Que si el cielo nos socorre,
 La libertad á la patria
 Vamos á dar; los albores
 Del diez y seis de Septiembre
 Brillarán cuando los hombres
 Que en nuestro pecho sentimos
 Que sangre de libres corre,
 Habremos todos jurado
 De tiranos españoles
 Hacer á la patria libre
 A la faz de todo el orbe.
 Y ya no habrá encomenderos,

Ricos, marqueses y condes,
 Humillando á los que han sido
 De esta tierra los señores.
 Iremos á las ciudades
 Y cruzaremos los bosques,
 Llevando por donde quiera
 De la patria los pendones.
 Hijos míos, en este suelo
 Que para siempre se borre
 Del esclavo el nombre odioso,
 Y de libre lleve el nombre.
 Y no harán al mexicano
 Que distinta senda tome,
 Ni el temor de los cadalsos
 Ni el fragor de los cañones.”
 Al escuchar las palabras
 De su pastor, levantóse
 Entre la grey libre grito
 Que repitieron los montes.

* * *

¡Bendita aurora risueña!
 ¿Do está tu fulgor? ¿en dónde?
 ¿Por qué tarda y no ilumina
 A los héroes de Dolores?
 El santo amor de la patria
 Abrigan sus corazones,
 Y durará más su gloria
 Que los mármoles y bronce.

FRANCISCO SOBA.



ATOTONILCO (*)

La muchedumbre insurgente
 Alegre va caminando,
 Y al llegar á Atotonilco
 Allende les marca el alto.
 El Cura entonces murmura,
 Pensativo y cabizbajo:

(*) El hecho á que se refiere este romance, tiene una gran importancia en la historia de nuestra independencia; todo en su proclamación fué obra de la inspiración y del momento. Hidalgo indudablemente era un hombre superior que comprendía la gran distancia que había entre él y las masas de entonces y que sabía perfectamente que la sola voz de independencia, aunque expresaba un anhelo de todas las clases sociales, no era bastante para levantar aquel ejército numeroso y desordenado que opuso en los primeros días á las tropas españolas; quiso excitar los móviles más poderosos de aquellas turbas, y se valió de la religión y del deseo de venganza que, como comprimido volcán, rugía desde mucho tiempo atrás entre la población criolla. Semejante conducta, vistas las circunstancias en que se proclamó la independencia, demostraba un gran tacto político y una inteligencia

"Ante la fuerza, el valor,
 La religión al engaño;"
 Y mira la muchedumbre
 Que se adelanta, el anciano,
 Y que sus dos compañeros
 Penetran en el Santuario.
 Quedan todos en silencio;
 Mas después de breve rato,
 Majestuoso ante la turba
 Aparece el cura Hidalgo,
 Y á la sorprendida gente
 Dice, al presentar el cuadro
 De la Virgen Guadalupe
 En una lanza clavado:
 "Hijos los que habéis ya roto
 Las cadenas del esclavo,
 Esta nuestra enseña sea,
 Nuestro estandarte sagrado,
 Y de victoria en victoria
 Llevadlo siempre, llevadlo.
 Luchamos por la justicia

superior; era la única que podía salvar la libertad en aquellos momentos de delación y defecciones. Con semejante idea principió Hidalgo por invocar á la religión al instante de llamar á sus feligreses á la más santa de las luchas; pero su estrella quiso que al día siguiente pasase por el Santuario de Atotonilco, y que en presencia de una imagen de la Virgen de Guadalupe, le viniese una idea fecunda en resultados prácticos. Aquella imagen representaba, por decirlo así, la nacionalidad mexicana: era una virgen indígena, era un enviado directo de Dios á los descendientes de los vencidos y que no recordaba ninguna escena de sangre ni de martirio; Hidalgo comprendió, y con razón, que convertir á la imagen de la Virgen de Guadalupe en símbolo de su causa, era tanto como oponer al poder español de tres siglos, tres siglos también de lágrimas, de preces, de esperan-

Y de Dios bajo el amparo,
 ¿Y quién á Dios y á lo justo
 Puede oponerse insensato?
 El derecho es nuestra causa,
 Nuestro valor es sobrado,
 Y el derecho y el valor
 Siempre el triunfo conquistaron....
 En nombre del Sér Supremo,
 Yo os bendigo, mexicanos."
 Gritos mil en ese instante
 Interrumpen al anciano,
 Y se conmueven los pechos,
 Y á todos embarga el llanto,
 Y en medio de la algazara
 Se va la turba gritando:
 "¡Que viva la independendia,
 Y que mueran los tiranos!"
 Y siguen por su camino
 Llenos de fe y de entusiasmo.

RODOLFO TALAVERA,

zas; equivalga á convertir á toda la población indígena en un solo combatiente.

Algunos suponen que la noche misma del 16 de Septiembre, Hidalgo lanzó el grito de ¡viva la Virgen de Guadalupe!; esto no es exacto: esta imagen no fué el lábaro de los primeros insurgentes, sino después de que pasaron frente al Santuario de Atotonilco. Nosotros poseemos un diseño de la primera bandera de Hidalgo en Dolores, que tuvo la forma de un estandarte que fué hecho con uno de los pallos de la Parroquia, y sobre la cual se puso un escudo, muy parecido al adoptado después de la independendia y que era de papel negro recortado. El diseño original de esta primer bandera de México existe en poder del hijo del deudado insurgente Víctor Rosales.

GUSTAVO BAZ.



PIPILA

Bañaba el sol las montañas
Que á Guanajuato circundan,
Y cual celosos guardianes
A protegerla se agrupan,
En una de esas mañanas
Hermosas, que no se anublan
Y están envueltas en brisas
Que murmurantes arrullan.
Era el mes en que en la Patria
Brilló ¡libertad augusta!
Tu luz bienhechora y clara
Que nuestro horizonte alumbra;
El mes en que un pueblo humilde
Destrozando su coyunda,
Al grito de ¡libre sea!
Su independencia procura;
Que ya cansado su pecho
Por rigores que le abruma,
Estalló contra el tirano
Que aquella humildad apura.

* * *

Sobre el alto Granaditas
Se mira de espanto muda,
A la gente que al tirano

Defiende torpe y adula;
De Granaditas que viera
Convertidos, como runca,
Sus muros en fortaleza,
Contra la razón más pura...
Por la ciudad conmovida
De gozo el clamor se escucha;
Y de libertad el nombre
Que á los tiranos asusta,
De cada labio se escapa,
Y al repetirlo una á una
Las montañas, llama al cielo
Pidiéndole á Dios ayuda.

* * *

Entre millares de bravos
Que van á emprender la lucha
Contra el recinto que guarda
A la esclavitud impura,
Se levanta venerable
Y grande, como ninguna,
De aquél que nos diera patria,
La santa, inmortal figura.
Al verla, el terror acrece
De aquella vendida turba,
Que hace fuego sobre el héroe
Que tanta insolencia burla,
Ofreciendo bondadoso
El perdón y la fortuna
De ser libre á aquella gente
Que á la esclavitud escuda,
La que, en su orgullo altanero,
Despreciando la conducta
Noble, del que paz le brinda,
No atiende á razón alguna.

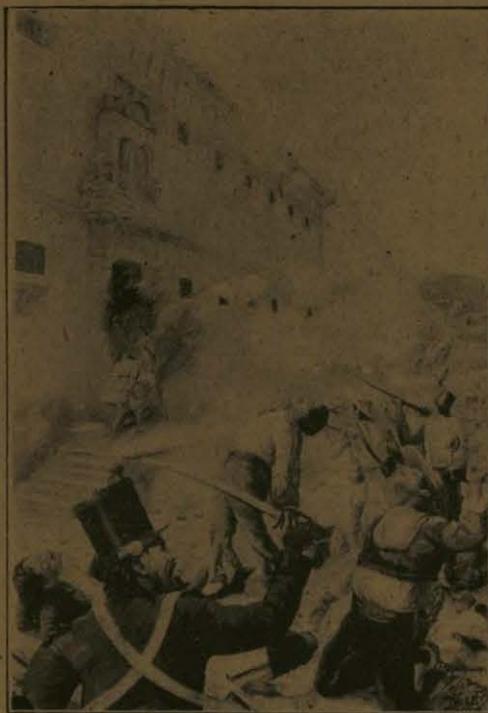
* * *

Después de un tenaz combate,
Que tres horas ó más dura,

De la gente salvadora,
 Contra la española chusma,
 Hidalgo, digno caudillo
 Que el bien de su pueblo jura
 Para salvarle, prudente
 Le retira de la lucha;
 Y estudiando la manera
 Más eficaz y oportuna
 De penetrar en el fuerte
 Sin que su tropa sucumba,
 Ordena que, de herramientas
 Al punto se vaya en busca,
 Y se derribe la puerta
 De fortaleza tan ruda.
 Entonces brota divino
 Cual sol que rompe la bruma,
 De entre un grupo de valientes
 Que tanto honor se disputan,
 Un niño, que no era un hombre,
 De dominante figura,
 Llamado Pípila el bravo
 Entre los suyos por burla;
 El que, acercándose á Hidalgo,
 Le dice, con voz segura:
 "Padre, en el nombre del cielo
 Y por el sol que me alumbra,
 Juro que solo y sin fierros
 La puerta abriré sin duda."
 Y arrancando una gran losa
 Con que la espalda se escuda,
 Se precipita á la puerta
 Bajo una terrible lluvia
 De proyectiles, que estallan
 Cada uno abriendo una tumba.

* * *

Pasado un amargo instante
 De pena la más profunda,
 La puerta de Granaditas



Pípila incendia la puerta de Granaditas.

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.

Ardiendo, al fin se derrumba.
Sobre ella pasan sin miedo
Los libres, que luego triunfan
Y desplegan su bandera
Sobre la orgullosa altura.

.....
En tanto Pípila el bravo
Después que su obra consuma,
Alzándose victorioso
A sus hermanos saluda.

FRANCISCO A. LERDO.



CHARO

De Charo en el caserío,
En los campos y las selvas,
En las cabañas y chozas,
Y en la esmaltada pradera,
Los habitantes sencillos
De entusiasmo el alma llena,
Al sonar de los repiques,
De vivas que el aire pueblan,
De pifanos y tambores,
Como el pensamiento vuelan
A saludar al caudillo
De la Santa Independencia.
Los fructíferos sembrados
Así entusiasmados dejan,
Llevando espadas y picas
En vez de arados y rejas,
Para volar al combate
Por la sacrosanta idea.
El sacerdote, el anciano
De la cana cabellera,
El que encendió allá en Dolores
Noble y redentora tea
Que en el amor á la patria
Los corazones incendia,
Llena el alma de esperanza
Con noble orgullo, contempla

Sus legiones de patriotas
Dispuestos á la pelea,
Legiones de campesinos
Con armas heterogéneas,
De hombres que por sólo escudo
Llevan la fe en su defensa,
Que en el campo de batalla
Ni retroceden ni tiemblan,
Y que al morir es su grito
Un ¡viva la Independencia!

* * *

Hidalgo y el gran Allende,
Sentados ante una mesa
En hospitalaria choza,
De! porvenir en la niebla
A México libre y grande
En lontananza contemplan,
Tras de lagunas de sangre,
Tras años de cruda guerra,
Tras de matanza y de luto,
De destrucción y contienda,
Para nuestra esclava patria
Sumida en llanto y en pena.
Mas no importa que la sangre
Riegue en torrentes la selva,
Ni que lágrimas amargas
Ablanden duras cadenas,
Si viene tras la neblina
Más oscura y más espesa,
El sol de la libertad
Que á México regenera;
Si tras la enlutada noche
De tres centurias eternas,
Viene la aurora que rompe
Con su fuego y sus centellas
De dura opresión el fierro
Que polvo entre el polvo rueda;

Si en vez de la esclavitud,
 De ayes y de amargas quejas
 Se oyen cánticos de gloria,
 Se escuchan himnos de guerra.
 Interrumpe de repente
 El curso de sus ideas
 Y sus palabras de fuego,
 Un hombre que hasta ellos llega:
 Del sacerdote cristiano
 Envuelto en sotana negra,
 De tez brillante y cobriza
 Como el gladiador azteca,
 De ancha espalda, cuerpo altivo
 Y ojos negros que chispean;
 Corona negro azabache
 Su frente audaz y morena,
 Mirada de águila altiva
 En sus ojos centellea,
 De sus gruesos labios pende
 Palabra breve y severa,
 Que nunca dificultades
 Al brotar de ellas encuentra.
 —Dios os guarde, mi maestro,
 Dice, y á Hidalgo se acerca.
 El Héroe sus ojos clava
 Sobre su frente serena,
 Y tendiéndole los brazos,
 Contra su seno le estrecha.
 —¿A qué has venido, hijo mío?
 Pregunta con faz risueña.
 Y levantándose altivo
 Como si un fuego sintiera,
 Dentro del alma sagrado,
 Así Morelos contesta:
 —En una oleada de fuego
 Hasta Carácuaro llega
 Vuestro grito en vibraciones,
 Vuestra partida violenta;
 Y yo, que muerto vivía,
 Oí esa voz que despierta,

Sentí bullir en mi alma
 También una cosa nueva
 Que me hizo volar, dejando,
 Mi curato y mis ovejas:
 Sólo escuché de la patria
 Esa tristísima queja.
 En que pide que rompamos
 Sus grillos de prisionera;
 Y he venido á vos, que soís
 El que nombró en su defensa,
 Para ofreceros mi sangre,
 Si puede aliviar su pena.”
 Conmovidos y gozosos
 Los dos héroes le contemplan,
 Y en sus palabras vislumbran
 Toda una hermosa epopeya,
 Que el fuego del patriotismo
 Sobre su frente flamea,
 Y en su inspirado lenguaje,
 Y en su apostura resuelta
 Y en su ademán adivinan
 Al genio para la guerra.
 Ambos al concluir, llorando
 Entre sus brazos le estrechan.
 —Seréis grande, dice Allende,
 Y le admira y le respeta;
 E Hidalgo exclama: “¡Hijo mío,
 Por siempre bendito seas!
 Vuelve á tu pueblo y levanta
 Todas las tropas que puedas,
 Y á las comarcas del Sur
 Lleva la santa bandera;
 Ve á Cuautla, allí está tu gloria;
 Después á Acapulco vuela,
 A donde quiera sembrando
 El germen de nuestra idea.
 No desmaye tu hidalguía
 Ante ninguna barrera,
 Que el mundo entero te admira,
 Y de tí la patria espera

Su redención y ventura,
 La fusión de sus cadenas;
 Y por tu acción generosa
 Que México libre sea,
 Que la libertad te guíe,
 Que Dios te ayude en la empresa".

* * *

Ya el sol con rojiza lumbre
 Traspone montes y selvas,
 Y sus rayos moribundos
 Tan escasa luz destellan,
 Que los árboles se visten
 De sombras en la pradera,
 Y están oscuros los bosques,
 Y aparecen las estrellas
 Brotando tras los celajes
 En un cielo que azulea.
 De Charo entre la campiña,
 Sobre amarillosa senda,
 Se ve flotar una sombra
 Que á breve paso se aleja;
 Es un hombre sin más bienes
 Que el mundo de sus ideas,
 Su pensamiento, su alma
 Y el corcel negro en que vuela,
 En pos de inmortal corona,
 Sin elementos de guerra
 Sin armas y sin bagajes,
 Sin soldados y sin tiendas
 Para la terrible lucha,
 Y sin más en su defensa
 Que el santo amor á la patria
 Y una fe constante y ciega.
 Vuela, y el viento acaricia
 Aquella frente que quema;
 Y á cada uno de sus pasos
 Sobre la movible arena,
 Y al fuego de sus miradas,

Y al relinchar de su yegua,
 Las montañas se estremecen,
 Los vientos murmuran guerra,
 El cielo se pone rojo,
 Los cadalsos se doblegan,
 Y en su trono que vacila
 Cobarde el tirano tiembla
 Y el angel de la victoria
 Sus blancas alas despliega,
 Para seguir de Morelos
 La brillantísima estela.

RAMON RODRIGUEZ RIVERA.



LA BATALLA DE ZACOALCO.

(NOVIEMBRE DE 1810.)

La confusión y el espanto
Reinan en Guadalajara,
Desde proclamó en Dolores
La libertad de la patria
El anciano cura Hidalgo
Contra el dominio de España.
Presidente de la audiencia
Era Recacho, y con ansia
Un Batallón provincial
Que se arme al momento manda.
En un brevisimo tiempo,
Dos compañías bizarras
De los ricos comerciantes
Y jóvenes que en las aulas
Sus estudios proseguían,
De orden suya se levantan;
Y en la Catedral la voz
De la sonora campana,
En son pausado y solemne
A hacer ejercicio llama
A los clérigos y frailes
Y á la gente timorata,
Que al mando del buen Obispo,
Y con intenciones santas,
A acuchillar insurgentes
Indignados se preparan,

Formando un lucido cuerpo
Que llamaron La Cruzada.
—“¡Que vengan los insurgentes!
Tan bravos guerreros claman—
Que al ardor de nuestro pecho
Y al herir de nuestra lanza
Quedarán todos destruidos,
Cual la tímida manada
De ovejas, que del león
Provoca la fiera saña.”

En tanto, triste noticia
Llena la ciudad de alarma,
Y es que José Antonio Torres,
Caudillo de excelsa fama,
Con sus numerosas huestes
Dizque ha emprendido la marcha
Hacia el dilatado valle
Que de Atemajac se llama,
Y en el cual tiene su asiento
La altiva Guadalajara.
El Batallón Provincial
Se pone sobre las armas;
Y aquellas dos compañías,
Que forman la flor y nata
Del comercio y de los jóvenes
De alcurnia más elevada,
Se juntan en tren de guerra
Y al combate se preparan.
Solamente Su Ilustrísima
Y demás gente eclesiástica,
Que al ejercicio salía
Llamada á son de campana,
Diligentes se ocultaron
En el rincón de su casa,
A pedir á Dios la muerte
De las insurgentes bandas.

* * *

De Torres el atrevido
Vienen las huestes bizarras,

Al pie de la altiva sierra,
 Por las extendidas playas.
 El valor y el ardimiento
 En los rostros se retratan
 De la multitud guerrera
 Que alegre al combate marcha.
 Por las playas hormigúean
 Las tropas diseminadas,
 Y alegres cantos entonan
 Que el eco de las montañas
 Trueca en el grito de muerte
 Para el español que avanza.
 ¡Qué alegre va el insurgente
 Antonio Torres! ¡Qué gala
 Y donosura las suyas!
 ¡Con qué donaire cabalga
 Sobre su negro caballo
 Que impaciente el freno tasca!
 Del cerro del Tecolote
 A la enmarañada falda
 Llegan por fin los guerreros,
 Que no tienen por más armas
 Que unos viejos arcabuces
 Y hondas pedreras de malla.
 Torres manda allí hacer alto,
 Y las indígenas bandas,
 Entre el bosque de huizaches
 Que flores mil embalsaman,
 En un instante se pierden,
 Y grande silencio guardan.
 Al frente del campamento
 Y á una muy corta distancia,
 Entre la obscura arboleda,
 Se ven las paredes blancas
 De Zacoalco y sus alturas,
 Por la gente coronadas,
 Que pide á Dios que proteja
 Á las insurgentes armas.

Ya las playas de Zacoalco
 Pisa con serena planta
 El ejército realista (*)
 Que á muerte segura marcha;
 Y al verle el valiente Torres,
 Con sus guerreros se lanza
 Sobre él, y un rudo combate
 Entre ambas huestes se trava.
 A los tiros españoles
 La sangre insurgente mancha
 La seca arena, y las hondas
 Por los indios agitadas
 Producen roncós silbidos
 Y á miles las piedras mandan,
 Que la luz del sol ocultan
 En nube negra y compacta.
 Bien pronto los españoles
 Miran sus tropas cercadas
 por los bravos insurgentes,
 Que en círculo extenso avanzan
 Al grito de "Independencia"
 Estrechando las distancias;
 Y entonces Villaseñor
 A sus voluntarios manda
 Que para lograr sus tiros,
 Una pirámide humana (**)

(*) Este ejército se componía de quinientos hombres, al mando de Don Tomás Ignacio Villaseñor, y de su segundo, Don Salvador Batres. Uno y otro carecían de conocimientos militares.

(**) La noticia de esta famosa pirámide me ha sido dada por un testigo presencial que se halló en la batalla á las órdenes de Torres. Al ver los indios que eran cazados desde aquella altura por los realistas, se arrojaron sobre ella y derribaron la pirámide, matando á los que servían de base, y

Formen y puedan así
 Combatir con más ventaja;
 Pero Torres, que lo advierte,
 Con voz poderosa clama:
 —“¡Que mueran los gachupines!”
 Y las indígenas bandas
 Al enemigo se arrojan
 Y espléndido triunfo alcanzan.
 Sus dos jefes prisioneros
 Quedaron, y Torres marcha
 Con sus tropas vencedoras
 Y ocupa Guadalajara.

* * *

Hoy señalan todavía
 El sitio de la batalla,
 Dos cercadillos de piedra,
 Que las osamentas blancas
 De aquellos bravos guerreros
 Dentro su recinto guardan,
 Bañadas de la laguna
 Por las rumorosas aguas.

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

en la confusión y el desorden que produjo la caída, dieron muerte á todo el ejército realista, sirviéndose de las armas de éste como de mazas, y matando á golpes á aquella juventud inexperta.



EL GIRO

I.

Medio oculta entre la selva
 Como un nido entre las ramas,
 Y medio hundida en el fondo
 Tranquilo de una cañada,
 Allá por aquellos tiempos
 Hubo en Landín (*) una casa
 Que no por ser tan sencilla
 Ni de una fecha tan larga,
 Era menos pintoresca
 Ni tampoco menos blanca.
 Sombrea su puerta un olmo
 De hojosas y verdes ramas,
 Punto de cita de todas
 Las aves de las montañas;
 Y en uno de sus costados,
 Brotando limpida y clara,
 Saltaba entre los terrones
 Y entre las yerbas el agua.
 De noche siempre tranquila
 Y eternamente callada,

(*) Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

Apenas el sol naciente
 Filtraba por sus ventanas,
 Cuando estremeciendo el aire
 Sonaban dulces y claras,
 La voz de una cuna, hablando
 De cuanto los niños hablan;
 La voz de una madre, rica
 De sentimientos y de alma,
 Y la voz de un hombre que era
 La eterna voz de la patria,
 Soñando ya con sus glorias
 Y ya con sus esperanzas.
 Tez cobriza como aquellos
 Primeros hijos de Anáhuac,
 Que tantas veces hicieron
 Temblar de miedo á la España,
 Cuando la España atrevida
 Midió con ellos sus armas;
 Fuerte y ágil como todos
 Los hijos de las montañas;
 Como un labriego, robusto;
 Como un patriota, entusiasta;
 Como un valiente, atrevido,
 Y como un joven, todo alma.
 El hombre de aquellas selvas,
 El hombre de aquella casa,
 Era el eterno modelo
 D'esas figuras sagradas,
 Que en el altar de los siglos
 Hacen un dios de una estatua.
 Veinticinco años apenas
 Por ese tiempo contaba,
 Y de sus nobles heridas
 La suma aún era más larga;
 Que no hubo por el Bajío
 Ningún combate ni hazaña
 Donde su ardor no estuviera,
 Donde faltara su lanza,
 Ni donde al grito de muerte

Sus huellas no señalara
 Con el licor de sus venas
 O el de las venas extrañas.
 Y allí tranquilo y oculto
 Su triste vida pasaba,
 Lamentando en su impotencia
 La esclavitud de la patria
 Que renunciando á la lucha
 Renunciaba á la esperanza;
 Cuando una mañana, á la hora
 Que el último sueño marca,
 Despertó oyendo á lo lejos
 Un ruido confuso de armas;
 Y adivinando al instante
 La suerte que le amagaba,
 Baja del lecho, al influjo
 De una decisión extraña;
 Besa en los labios á su hijo,
 Besa en la frente á su amada,
 Clava los ojos ardientes
 En la entreabierta ventana,
 Y al ver por sus enemigos
 Ya casi envuelta su casa,
 Salta á las rocas y entre ellos
 Se escapa por la montaña.

II

Aún no se alzaba del todo
 La niebla de la mañana
 Y aún no acertaban á darse
 Cuenta de tamaña audacia
 Los sitiadores furiosos
 Que sorprenderle esperaban,
 Cuando al galope y bajando
 Camino de la cañada,
 Vieron venir á lo lejos
 Un grupo de gente armada,
 Compuesta de ocho jinetes

Y el hombre que los mandaba,
 En mayor número que ellos
 Y con superiores armas,
 Seguros de la victoria
 Fácil que se les aguarda.
 Todos empuñan las riendas,
 Todos afirman la lanza,
 Todos ven al enemigo,
 Todos miden la distancia,
 Y en silencio, y todos ellos,
 Prontos á ponerse en marcha,
 Sólo esperan á que llegue
 L' hora de entrar en batalla.
 Los insurgentes en tanto
 Viendo las huestes contrarias,
 Más de coraje l' encienden
 Y más de amor l' entusiasman,
 Y ansiosos de dar su sangre
 Por la salud de la patria,
 Sobre el caballo se inclinan,
 La floja rienda adelantan;
 Y fijos los barboquejos
 Y el sombrero hacia la espalda,
 Entre la niebla y el polvo
 Corren, y vuelan y avanzan,
 Siguiendo entre los peñascos
 Al hombre de la cañada.
 Y ya los de Bustamante (*)
 Su primer paso avanzaban,
 Anhelando en su impaciencia
 Cómo acortar la distancia
 Que la interpuesta colina
 Con un recodo aumentaba;
 Cuando de pie en lo más alto
 De las rocas escarpadas,

(*) El General Don Anastasio Bustamante, Presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista.

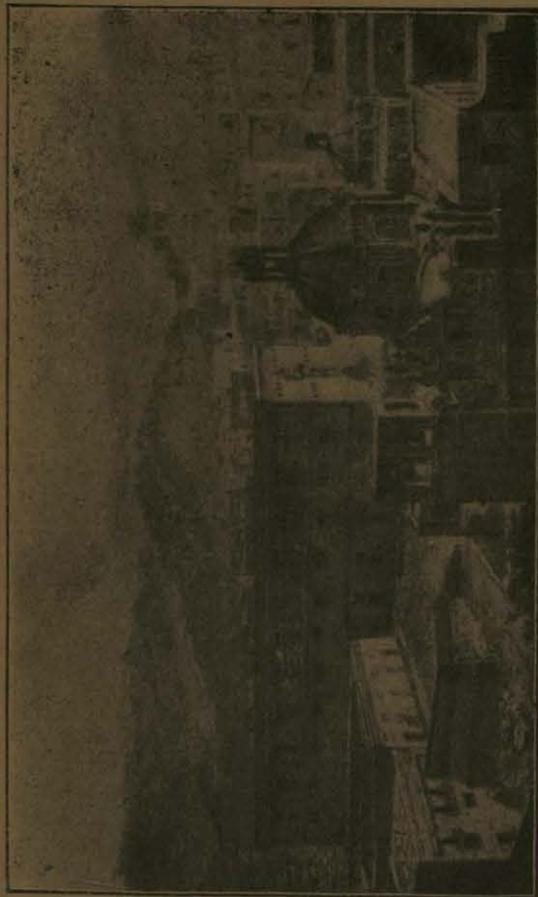
Vieron alzarse á un jinete
 Que con voz sonora y clara,
 —“Yo soy el Giro—les dijo:
 —Si al Giro es á quien aguardan;
 Y el que lo busque, que venga
 Si tiene honor y tiene alma,
 Que á todos espera el Giro,
 Frente á frente y cara á cara.”—
 Dijo: y los fieros dragones
 Al grito de “Viva España”
 Como un solo hombre treparon
 Hasta donde el Giro estaba,
 Dispuesto como los suyos
 A sucumbir por la patria...
 Y fué la lucha, y terribles
 Al dar la espantosa carga,
 Insurgentes y realistas,
 Ardiendo en cólera y rabia
 Se entremezclaron sedientos
 De victoria y de matanza.....
 Quiso la triste fortuna
 Favorecer á la España.
 El brillo de sus fulgores
 Negándole á nuestras armas,
 Que ya de los insurgentes
 Uno tan solo quedaba
 A caballo todavía,
 Pero ya herido y sin armas.
 Era el Giro, que entre doce
 Dragones que le rodeaban,
 Sin rendirse al desaliento
 Ni inclinarse á la desgracia,
 Luchaba y arremetía
 Contra el que más se acercaba,
 Convirtiendo á su caballo
 A un tiempo en escudo y arma.
 Por fin, un brazo atrevido
 Clavó en su pecho una lanza,
 Perder haciéndole el poco

Aliento que le quedaba;
 Pero él, aunque ya en el suelo,
 Con fuerzas siempre y con alma,
 Coge la lanza, del pecho
 Sin vacilar se l'arranca,
 Y estremecido y al grito
 De independencia y de patria,
 De pie sobre los peñascos
 A sus contrarios aguarda;
 Y después de herir á todos
 Los que acercársele ensayan,
 Hace huir á los restantes
 Que ante heroicidad tamaña
 Se alejan y desde lejos
 Lo rematan á pedradas.

III

Mártir que toda tu sangre
 Supiste dar por la patria;
 Tú, de los desconocidos
 Que murieron por salvarla,
 Gracias por tu fortaleza,
 Por tu sacrificio, gracias.

MANUEL ACUÑA.



Granaditas.



El Castillo de Granaditas

Trémula, inquieta, azorada,
Como ave que espanta el trueno,
La opulenta Guanajuato
Despertaba de su sueño:
Todo era alarma y rumores,
Y confuso movimiento;
Repicaban las campanas,
Sonaba el clarín guerrero;
Por todas partes corrían
Los soldados europeos,
Y eran las angostas calles
Bulliciosos campamentos.
En las torres elevadas
De los magníficos templos,
Las banderas españolas
Se agitaban con el viento;
Y á poca distancia, altivo
Como si fuera un recuerdo
De las épocas feudales;
A la luz de un sol espléndido,
El fuerte de Granaditas,
Dominador y altanero,
Viendo estrellarse en sus muros
Las tempestades del tiempo,
De anchas trincheras ceñido
Y de soldados cubierto;

Guarnecido de cañones
 Y coronado de hierro,
 Sobre un pedestal de rocas,
 Inexpugnable y soberbio,
 Se alzaba, como un coloso,
 Su frente elevando al cielo.
 Ya el ejército de Hidalgo,
 El horizonte cubriendo,
 Imponente por su audacia
 Y por su número inmenso;
 Irresistible y ruidoso;
 Descendía por los cerros,
 Como un caudaloso río
 Que se despeña violento.
 Cantos de guerra y de muerte,
 Entre un pavoroso estruendo,
 Por donde quier resonaban,
 Repetidos por los ecos.
 Tronó el cañón; anchas nubes
 De un humo pálido y denso
 Por la atmósfera cruzaron:
 Los montes se conmovieron
 Al ver el fuego rojizo,
 Cual relámpago sangriento,
 Y al escuchar de las balas
 El raudo silbar horrendo.
 Los valientes sitiadores
 Un punto se estremecieron,
 Como las ramas que azota
 El huracán en su vuelo;
 Y cual herido leopardo,
 Que mira á sus hijos muertos
 Se lanzaron al castillo,
 Con más ardiente denuedo.
 Poderoso respondía,
 En medio al marcial estrépito,
 A la voz de ¡Viva España!
 El grito de ¡Viva México!
 Creció el espanto, y horrible

Nuncio de muerte funesto,
 Del cañón el estallido
 Volvió á escucharse de nuevo
 Luchaban los insurgentes,
 Sin desmayar un momento;
 Seis veces se aproximaron
 Y seis rechazados fueron.
 Hidalgo entonces, terrible,
 Gritó con sonoro acento:
 "Pípila, ven; necesita
 La patria de tus esfuerzos."
 A su voz, lleno de harapos,
 Alzóse un hombre del pueblo;
 De gigantesca estatura,
 De altivo y feroz aspecto.
 Tomó en sus nervudos brazos
 Una ancha piedra, y ligero
 Apoyándola en su espalda,
 Cruzó la calle sereno.
 Tomó una encendida tea,
 Y sublime como el genio
 De la muerte y la venganza,
 Siguió avanzando resuelto:
 En derredór escuchaba
 Espantosos juramentos,
 Imprecaciones, blasfemias
 Y gemidos lastimeros.
 Las balas silbar oía;
 Y rozaba sus cabellos
 El humo de las granadas,
 Como un huracán ardiendo.
 Con el choque repetido
 De proyectiles certeros,
 Su escudo tosco y extraño
 Voló al fin, pedazos hecho.
 Llegó á la puerta, detúvose,
 Y la antorcha sacudiendo,
 La aproximó á la madera.
 Las llamas en el momento,

Cual serpientes retorcidas
 Se derramaron crujendo:
 Reinaba en aquel instante
 Un angustioso silencio.
 Animado entonces Pipila,
 Un grito lanzó tremendo;
 Y el peligro despreciando,
 Entró al castillo el primero.
 En el pórtico, agitándose
 De enojo y de rabia ciego,
 Destrozado por las armas
 De los contrarios guerreros,
 Su pié apoyado en cadáveres,
 Desnudo el valiente pecho,
 Roto y quemado el vestido,
 Los brazos de heridas llenos.
 El corazón palpitante,
 Los ojos lanzando fuego,
 Los cabellos esparcidos
 Agitados por el viento;
 Con la tea en una mano
 Y en la otra el agudo acero,
 Sublime en su patriotismo,
 Terrible en su odio y siniestro,
 Reflejándose las llamas
 Sobre su rostro sangriento,
 Luchaba como un gigante
 Entre el horror del incendio.

JOSE ROSAS MORENO.



La enseña de los insurgentes

Clara, tibia, deliciosa
 se presenta la mañana;
 el horizonte encendido
 con resplandores de gualda,
 y el cielo azul, festonado
 con orlas de nubes blancas,
 como flotantes crespones
 que fingen formas extrañas.

De los álamos frondosos
 se desprenden en parvadas
 cardenales y gorriones,
 pitirrojos y calandrias,
 que dando trinos al viento
 dan regocijo á las almas.

El zumbir de las abejas
 que sin descanso trabajan,
 se mezcla con el chirrido
 pertinaz de la cigarra,
 y el melancólico canto
 de la amorosa torcaza;
 cuelgan de los naranjales
 como racimos de nácar
 azahares aromosos,
 y se mecen las naranjas,
 que pomas de oro parecen
 entre frondas de esmeralda;

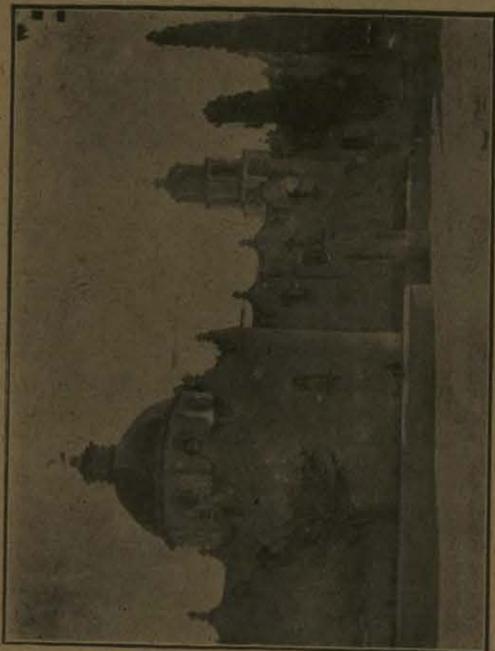
y se perfuma el ambiente,
y los sentidos se embargan
con el olor del tomillo,
del ajeno y la retama.

* * *

Dando vuelta á una ladera,
de un cerro cabe la falda,
que campanillas azules
y rojas flores esmaltan,
se descubre pueblo humilde
formado de agrestes casas,
con sus paredes de adobe
ligeramente blanqueadas,
sus cercas de palopique
y sus techados de palma;
y la iglesia, si pequeña,
graciosa y bien decorada,
con cimborrio de azulejos,
y torre esbelta y gallarda.

Es Atotonilco el Grande
que se encuentra esa mañana
de fiesta, según parece,
porque se hallan en la plaza
sus honrados moradores
unidos y en algazara,
con cohetes prevenidos;
y en la torre, de atalaya,
varios mozos, en acecho
observando lo que pasa.

De repente á las esquilas
muchas manos esforzadas
se aprestan, y los repiques
de bulliciosas campanas,
los cohetes y los gritos
de la multitud compacta,
anuncian que algo muy grato
en Atotonilco pasa.



Santuario de Atotonilco,
donde Hidalgo tomó para estandarte una
imagen de la Virgen de Guadalupe.

Es que el cura de Dolores,
 en jefe de la cruzada,
 llega al Pueblo, con su pueblo
 que crece como avalancha.

Las mujeres á las puertas
 se asoman regocijadas,
 á los lugares más altos
 los muchachos se encaraman,
 surcan el aire cohetes,
 el detonar de las cámaras
 y los alegres repiques
 de las alegres campanas.

Sobre alta y robusta mula
 modestamente enjaezada
 sin arneses militares
 ni distinciones jerárquicas,
 el padre HIDALGO va al frente
 de muchedumbre entusiasta,
 radiante de regocijo,
 si bien desprovista de armas.

Son contados los fusiles,
 las pistolas muy escasas,
 algún mosquetón mohoso,
 alguna escopeta usada,
 y como recuerdo histórico
 una que otra bocamarta.

Los chuzos de los serenos,
 machetes, cuchillos, dagas,
 hondas y sacos de piedras,
 palos, tarecuas y lanzas;
 muchos sin más armadura
 que su camisa de manta,
 ni otras armas que sus manos
 y el santo amor á la Patria.

Hombres, mujeres y niños
 con el alma emocionada,
 van en busca de la muerte
 en defensa de su causa.....

A la derecha de HIDALGO
 con apostura bizarra,
 sobre un alazán soberbio
 de bella y marcial estampa,
 con militares insignias
 Don Ignacio Allende marcha;
 y á la izquierda, en un retinto
 andaluz, de pura raza,
 con uniforme vistoso
 se ostenta Don Juan Aldama.

Luego que entran en el Pueblo
 el entusiasmo se exalta,
 atruenan el aire vivas
 jubilosos y entusiastas,
 y corren por las mejillas
 de regocijo las lágrimas.

HIDALGO y sus compañeros
 de los caballos se bajan,
 y á la iglesia se encaminan
 á elevar á Dios sus almas.

Después que concluye Hidalgo
 la fervorosa plegaria
 invocando de los cielos
 el triunfo para sus armas;
 saca de su viejo marco
 la hermosa Guadalupana,
 que era del creyente pueblo
 la joya más estimada:
 con entusiasmo creciente
 la coloca en una lanza,
 y cual paladín glorioso
 sale con ella á la plaza.

"Hijos, les dice á las gentes
 atentas á sus palabras:
 "la gloria excelsa del triunfo
 "nos cubrirá con sus alas;
 "vamos á romper los grillos
 "que aprisionan á la patria,
 "á libertarnos del yugo

"con que nos doblega España,
 "á vivir sin amo impío
 "que como á bestias nos trata;
 "y á conquistar los derechos
 "que, siendo nuestros, nos faltan."

"Esta es la enseña gloriosa
 "que nuestras vidas ampara,
 "ella nuestra única reina,
 "ella nuestra soberana,
 "la que del pueblo que sufre
 "ha de remediar las ansias
 "y con sublimes victorias
 "coronará las batallas."

"Sea nuestro grito de guerra:
 "y que muera el mal gobierno,
 "que con rigor nos maltrata....."

"¡Viva la Guadalupana!
 ¡Viva! prorrumpen mil voces
 de entusiasmo electrizadas;
 y el pueblo de Atotonilco
 se agrega á la caravana.

* * *

Sube HIDALGO á su montura,
 sube Allende y sube Aldama,
 y salen regocijados
 entre vivas y algazara,
 llevando á la Virgen India
 como enseña sacrosanta,
 llenos de valor los pechos,
 llenas de fuego las almas;
 y en busca de la victoria
 se dirigen á Celaya.

RAFAEL NAJERA.



BRAZO DE DIOS

I.

Al frente va de sus tropas,
Pensativo y cabizbajo,
El Coronel Elizondo,
Aquél que hacía dos años
Por la traición más horrenda
Hizo prisionero á Hidalgo.
Vuelve de la Trinidad
A Béjar. Debiera ufano
Volver, pues va victorioso;
Pero lleva, sin embargo,
Siempre la frente abatida
Y el corazón conturbado.
Ese día era de triunfo,
Ese día sus soldados
A las tropas insurgentes
Por completo derrotaron;
Pero él caminaba abstraído,
Y es que el pecho atormentado
Dos años hace que siente
Por remordimiento amargo.
Tras él de repente se oye
El galope de un caballo,
Y un oficial se aproxima
Y se llega á saludarlo.

—¿Qué hay, Serrano?

—Ya he cumplido,
Señor, con vuestro mandato.
Reunidos los prisioneros
En aquél monte cercano,
Vuestras órdenes aguardan.

—¿Cuántos son?

—Setenta y cuatro.

—Teniente, vamos allá:

Dime ¿están bien resguardados?

—Sí, mi coronel, y todos

Tienen atadas las manos.

—Vamos allá.

Se apresuran,

Y en el monte penetraron.
Ve Elizondo á los cautivos,
Y después manda á Serrano
Que tomando diez de entre ellos
Sean luego fusilados.

El oficial obedece,
Y ellos su arrojo bizarro
Sin desmentir, perecieron
Como leales y bravos.
Tampoco sus compañeros
Que contemplan aquel cuadro
La fortaleza desdican.

Que en la batalla mostraron;
Lo ven, si no indiferentes,
Serenos y resignados.
Toman de nuevo en seguida
Otros diez hombres, llevándolos
Al mismo sitio, y los forman
Sobre el suelo ensangrentado
Y encima de los cadáveres
Todavía palpitando.

Sus compañeros entonces
Se conmueven, aterrados,
Y al verlos caer, un grito
Se escapa á todos los labios.

—Otros diez hombres, exclama
 El jefe: pero Serrano
 Conmovido y tembloroso
 No se atreve á dar un paso,
 Y tres veces Elizondo
 Dió la orden, siempre más alto.
 El oficial va hacia el grupo
 Con los ojos extraviados,
 Con el rostro descompuesto
 Y todo el cuerpo temblando,
 Y otros diez hombres aparta.
 Al momento de apartarlos
 La voz alza un prisionero
 De los que habían quedado:
 —¡Llevadme, llevadme! clama,
 “A mis hijos se han llevado...
 “Allá van... no quiero verlos
 “Morir... Llevadme, tiranos!...
 “¡Parad!... ¡No me oyen!... Llevadme;
 “Todos pronto perezcamos.”

A estas voces se alborotan
 Los presos, y forcejeando
 La voz elevan, y pugnan
 Por desatarse las manos.
 Serrano se halla aturdido,
 Pica y detiene el caballo,
 Y dando órdenes contrarias
 Se vuelve de todos lados.
 Ve esto Elizondo, y furioso
 Hasta su tropa llegando,
 El mismo da orden de fuego
 Sobre los diez señalados.
 Al verlos caer, aumenta
 El vocerío: —¡Tirano!—
 —¡Perdón!—¡Que viva la América!
 —¡Viva Allende!—¡Viva Hidalgo!—
 —¡Misericordia!—¡Asesinos!—
 —¡Oh, Dios mío, perdonadnos!.....
 En confusa gritería

Exclaman por todos lados,
 El coronel arde en ira,
 Y luego manda á Serrano
 Sin aguardar ya más tiempo
 En pelotón fusilarlos.
 Se cumple la orden inicua,
 Se suceden los disparos
 Sobre la turba; se aumenta
 La confusión y el espanto:
 Caen heridos y heridos,
 Sigue el fuego encarnizado,
 Y por fin, sobre una informe
 Masa de miembros humanos,
 Que parecía quejarse
 Y palpitaba á intervalos,
 Continuaban todavía
 Fuego haciendo los soldados.

II.

La noche era de aquel día
 De muerte, de horror y llanto,
 Y las tropas de Elizondo
 Acampaban en un llano.
 La tienda del coronel
 Se levantaba en un lado,
 Y en ella, él y un capitán
 Se encontraban descansando.
 —Garza, puedes retirarte.
 —¿Váis á dormir?
 —Me preparo
 A hacerlo; vete á tu tienda....
 Ah! dime: ¿has averiguado
 Qué nombre este lugar lleva?
 —Señor, le llaman el “Brazo de Dios.”
 Tembló el coronel
 Esta palabra escuchando
 Sin saber por qué.
 —Muy bien

Es tiempo ya de acostarnos.
 Se quedó solo Elizondo
 Y se acostó; pero en vano
 Quiso conciliar el sueño
 Durante un tiempo bien largo.
 El capitán De la Garza
 Su tienda buscaba en tanto;
 Todo se hallaba en silencio;
 Oficiales y soldados
 Dormían y las tinieblas
 Envolvían todo el campo.
 Llegó por fin á la tienda,
 Y en ella encontró sentado
 A Serrano, con el rostro
 Cubierto con ambas manos.
 —Tal vez duerme, pensó Garza,
 Dios le de un sueño muy grato.
 Dijo, se acostó y durmióse
 Rendido ya de cansancio.

* * *

—Garza.
 —¿Quién me habla?
 —Soy yo.
 —¿Serrano?
 —Sí, soy Serrano.
 —¿Qué quieres? ¿Enciendo luz?
 —Capitán, no es necesario.
 Si Garza lo hubiera visto.
 Se hubiera luego alarmado:
 Todo el rostro descompuesto,
 Sanguinolentos los párpados,
 Torva la vista, y los ojos
 De las órbitas saltados.
 —¿Me oyes, capitán?
 —¿Qué quieres?
 —Corremos gran riesgo entrambos.
 —¿Riesgo? ¿Cuál es?
 —Elizondo,

Quiere ahora mismo matarnos.
 —¿Estás loco? ¿En qué te fundas?
 —Y no son temores vagos,
 Pues ha jurado acabar
 Con todo el género humano.
 —Vuelve en ti, teniente, vuelve
 En ti.

—Capitán, es claro,
 O bien nos mata á nosotros,
 O nosotros lo matamos.
 ¿Me ayudas? Duerme: el momento
 Es muy oportuno. ¿Vamos?
 Conoció Garza al instante
 Que estaba de juicio falto
 El oficial. Era cierto,
 ¿Loco estaba el desgraciado!
 Quiso Garza detenerlo
 Y lo tomó por un brazo;
 Pero Serrano, más ágil,
 La espada desenvainando,
 Atravesó al capitán,
 Quien quedó muerto en el acto.
 Salió Serrano en silencio
 Y atravesó todo el campo,
 Y en voz baja iba diciendo:
 —Me mata si no lo mato.—
 Y á la tienda de Elizondo
 Se introdujo espada en mano:
 El dormía, y era un sueño
 Turbulento y agitado,
 Y en su horrible pesadilla
 Decía en acento claro:
 —Este es el Brazo de Dios.
 —Este es—respondió Serrano;
 Despertó Elizondo, pero
 El la espada levantando;
 Atravesó varias veces
 El cuerpo del veterano.

RAMON VAILE.



BRAVO

I.

Caen las sombras á los valles
De los montes más lejanos,
Y comienzan á encenderse
En la bóveda los astros.
A las orillas de un bosque
Hay un grupo de soldados,
Que alrededor de la lumbre
Pasan el tiempo cantando;
Más allá se ven tendidos
Muchos cuerpos por el campo,
Demostrando que allí dióse
Un combate encarnizado.
Levantábase á lo lejos
Por la loma y por el llano,
El acento de los libres
En melancólico canto.
Allí, después de una lucha
En que venció al León Hispano,
En medio de sus valientes
Acampa el caudillo Bravo.
La voz de los centinelas
Se escucha de cuando en cuando,
Y el monótono sonido
Del galope de un caballo.
Pocos momentos transcurren,
Y se extiende por el campo



Bravo pone en libertad á 300 españoles prisi oneros.

La noticia de que al padre
 Del General han matado:
 Los nobles pechos se irritan
 Contra el virrey y su bando,
 Y el dolor más fuerte agobia
 Al caudillo mexicano.

II.

Entonan himnos las aves
 En el vecino palmar,
 Y cual perla entre turquesas
 Alza su punta el volcán,
 Sonrosada dulcemente
 Por un reflejo solar,
 Mientras corre entre las flores
 Fresca brisa tropical.

III.

Después de una noche horrible
 Que pasó el caudillo en vela,
 Manda formar á la tropa,
 Con su voz firme y entera.
 Y trescientos prisioneros
 Que hizo ayer en la pelea,
 Ante los ojos de Bravo
 Fijan la mirada en tierra.
 Todos temen, y á su vista
 Sin querer miden la pena
 Que aquel hombre soportara
 Con la noticia funesta.
 Mas el héroe á los vencidos
 Les habla de esta manera,
 Y con su voz santa y pura
 Todo el mundo se enajena:
 "¡Estáis libres, retiraos:
 'Esta mi venganza sea!'"